

CAPERUCITA Y LA ABUELA MARCHOSA III

Casalotti, Italia, 12 de enero del 2001

Caperucita es una muchacha de quince años que lleva viviendo toda su vida en un bosque ayudando a su madre y a su abuela en su negocio de venta de comida china ambulante y está deseando salir de ese agujero para vivir su vida en un paraíso fiscal requisado por el gobierno.



Su abuelo murió cuando ella era muy joven y, por lo tanto su abuela se quedó más viuda que una mantis religiosa (O algo parecido).

El caso es que hace unos pocos días, en la celebración del aniversario de la boda de la madre de Caperucita con un atractivo leñador que le iba a poner los cuernos tarde o temprano, le dio un ataque de locura y salió corriendo por la ventana como alma que lleva al diablo.

A toda la familia le entró pánico por ese suceso porque de joven le había pasado algo parecido y tenían miedo de que tuviese los mismos síntomas que habían tenido en su primera ida de olla: sudores, alucinaciones, fiebre, diarrea, adicción a las tragaperras, al alcohol, a las drogas y lo peor: adicción al mosto.

Así pues llamaron a Caperucita para que la fuese a buscar ya que si no, las catástrofes que ocasionaría serían inmensas: otra vez a pagar los medicamentos, el desintoxicador, a enseñarle otras cosas además de beber mosto...

Tras dos meses buscándole y sin tener ninguna recompensa, la familia se fue al lugar donde había pasado la abuela la mayor parte de su vida: a su pueblo en Dragoncello, al lado de Roma.

A los dos días de estar allí vieron una fumata blanca saliendo lejana por el horizonte. Caperucita pensó que podía ser que hubieran elegido un nuevo Papa en el Vaticano y como ella siempre había sido una fanática de la religión se le ocurrió seguir aquel humo.

Después de una larga caminata, llegó a una casita de la que provenía el humo. Caperucita estaba decepcionada y cansada, por lo que entró para pedir cobijo aquella noche.

La situación en la que en aquel momento se encontró no era cómoda para nadie. Allí dentro había tragaperras, botellas, jóvenes “pedo”, jóvenes “colocaos” y... su abuela. Nunca la había visto así: tan despreocupada, tan desarreglada, tan despeinada, tan... Vamos, que echaba para atrás. Y además apestaba a las uvas del mosto, lo que le hacía recordar las galletas “Oreo” que se tomaban sus primos en fin de año. Caperucita odiaba las dos cosas por igual y, además, no soportaba esa mezcla de recuerdos con el olor del mosto y de cerveza, así que sacó a su abuela de aquella casa y la llevó a su residencia en Casalotti.

Allí recibió las atenciones médicas permanentes y el cariño y el apoyo de todos sus familiares. Días después convocó a su nieta para comunicarle la peor noticia de su vida: que sus ataques de locura eran hereditarios...

Jorge López 2º ESO

